

Cuento

El olvidador*

Marco Sánchez
Egresado del Taller de Escritores de la
Universidad Central (TEUC)

Salvo el aire que respiraba y un par de cosas que sus sentidos comprobaban, Alí al Hajed (no todos los musulmanes se llaman Mohammed), profesor de Historia Antigua de la Universidad de Ispahán, descubrió que vivía en un mundo falso: falso era lo que sabía y lo que enseñaba; falso el idioma que hablaba, el credo que practicaba, y hasta sus mismas percepciones — los olores, los colores y las formas— eran falsas. Su nombre también lo era, así figurara en el registro de nacimiento y en la memoria de los suyos. Falsos —meros caprichos atómicos— eran el espejo de marco florentino de la sala de su casa, la poltrona clásica, la lámpara de cobre, el nicho con la imagen del Profeta y las baratijas que su hermana compraba en los bazares.

Sin embargo, en medio de todas las falsedades había encontrado verdades absolutas. Leyó, por ejemplo, en el *Libro infernal*, que la peor de las cadenas de la tierra es la forma en que los hombres educan a los hombres. En un texto viejo, escrito en latín, encontró que algunos aborígenes de Malasia eran capaces de convertirse en piedra, arroyo o árbol con sólo desearlo; que los trogloditas, que adoran al trueno y a la fiera, podían hablar con los árboles y los espíritus del bosque, y que los Zerifes del Asia Menor se acostaban desnudos sobre las piedras y viajaban a los astros.

Nada de esto le produjo tanto impacto como las líneas que encontró en un viejo tratado escrito por Solimán el Derviche en el año de gracia 1016: “Los hombres son la memoria de

todas las cosas, pero la soberbia les impide recordarlo”. El texto agregaba que todo el que quisiera recuperar la memoria debería olvidarse por completo de sí mismo.

Alí decidió olvidarse de sí mismo. Abandonó su trabajo y legó sus pertenencias —unos objetos de magia, un mapa celeste y los seis tomos de la *Doctrina Secreta* de Madame Blabatsky— a su única hermana, a cambio de un cuarto, algo de comida y la promesa de no hacer preguntas. Empezó por no volver a hablar. Siguió por ignorar los ruidos exteriores y no atender cuando lo llamaban por su nombre. Salvo la miel de abejas y el pan sin levadura, rechazó toda clase de alimento y se encerró en un cuarto oscuro y silencioso, aislado de toda su familia.

Para hacer menos dura su labor, se imaginaba que salía en las mañanas a la puerta de su casa y

Nada de esto le produjo tanto
impacto como las líneas que
encontró en un viejo tratado
escrito por Solimán el Derviche en
el año de gracia 1016: “*Los
hombres son la memoria de todas
las cosas, pero la soberbia les
impide recordarlo*”.

*Primer Premio del Concurso Nacional de Cuento Comfamiliar, Barranquilla.

miraba levantarse el sol, y que por las tardes contemplaba el crepúsculo en el patio. Evocaba una quebrada de aguas rojas que había soñado en la niñez: la veía desnuda, total, cabalgar piedras abajo sin misterios, a veces deprisa, a veces despacio, y la dejaba permanecer. El tiempo restante lo dedicaba sin fatiga al olvido de todo lo que era: Allí era materias académicas, transeúnte, empleado, distraído y una multiplicidad de otras cosas que hasta ahora descubriría.

Para el olvido de cada cosa, acudió a un método sencillo: si quería olvidar las matemáticas, traía a su memoria todas las operaciones y las fórmulas y las borraba como en un tablero hasta suprimir la última partícula de tiza. Borraba al profesor y a todos los alumnos; al aula y al colegio. Lo mismo hizo con todos sus afectos: el cabello al viento de una novia lejana, la noche en que la amó bajo una luna limpia, los sabores, el rostro de su padre en la cámara mortuoria. Encontró que tras un recuerdo había un olvido, así que si suprimía su gusto por las flautas recordaba el día que las había oído por primera vez. Tras esto la cara del flautista, la gente que había visto aquella tarde, sus caras y tras ellas otras caras y otros hechos. Al principio le costaba trabajo evocar los recuerdos. Con el tiempo éstos llegaron solos, en imágenes vivas y precisas como las del presente. Descubrió que podía moverse entre ellos y ver a las personas y a las cosas desde todos los ángulos posibles. El ejercicio de borrar se hizo entonces más dramático, porque le mostraba ignorados puntos de vista, como la engañosa jugada de un rival en una viejísima partida de ajedrez, o lugares en los que no había reparado, olores y ruidos que no incluía el inventario de su memoria. También le enseñó que todo era sensible de borrar pero no de modificar, porque todo estaba en el recuerdo. Algunas pocas cosas conservó. Entre ellas, la quebrada de aguas rojas, los ojos de su madre y ciertos pasajes de libros metafísicos.

Descubrió que podía
moverse entre ellos y ver
a las personas y a las
cosas desde todos los
ángulos posibles.

Minucioso, áspero, llegó a los episodios perdidos de la niñez y los borró: borró la riña que tuvo con su hermano por un trompo, y el tren de cuerda con sirena y fogonero de antimonio, que su padre le regaló en la Navidad del 57. Recordó cuando tuvo sun: el dolor de las bubas en la lengua, el fuego del azul de metileno y la cara de una enfermera de ojos cálidos. Más tarde recobró el sabor del seno de su madre y el olor impersonal de sus primeros excrementos. Recuerdo tras recuerdo, regresó al momento de su nacimiento y al periodo sin sobresaltos de su gestación. Los borró con cuidadosa calma, y se dispuso a eliminar el último recuerdo.

La tarde del domingo en que borró, como un suicida, el gen que había bajado del vientre de su padre, se sintió en completa libertad. Se vistió con una túnica azafrán y, por primera vez tras un encierro de tres años, salió de veras a ver agonizar la luz en el crepúsculo. Fue a la calle y a la plaza de mercado. Vio a la gente caminando sonámbula, a las plazunas contando monedas y billetes sucios, y separando puchos de mercado, y a las casas con el aire de un pueblo indiferente. Fue al parque y se sentó en un banco y notó que su cuerpo se hundía en la madera. Miró sus manos, pero no las vio. Tampoco los reflejos de su cara, ni su cuerpo. Aturdido, regresó a su casa y se buscó en el espejo de la

Se vistió con una túnica azafrán y, por primera vez
tras un encierro de tres años, salió de veras a ver
agonizar la luz en el crepúsculo. Fue a la calle y a la
plaza de mercado.

sala. El bruñido destello del azogue le devolvió la imagen de la poltrona clásica y el gobelino hindú que su hermana había comprado el día anterior a un falso turco; la lámpara de cobre y el nicho con la imagen del Profeta; la pared, y sobre ella el cuadro de un caballo desbocado, pero no su propia imagen.

Recordó que los gnósticos se preciaban de salir de su cuerpo e ir a donde quisieran, regresar y volver a salir, y pensó que quizá se hallaba en este estado de gracia. Su cuerpo, entonces, debería permanecer en el cuarto, por eso no podía verlo. Regresó al cuarto pero lo halló vacío. Desconcertado, lanzó un grito. No oyó su propia voz. Acudió a su reserva de recuerdos, pero, aparte de algunas claves mágicas, la quebrada, los ojos de su madre y su vocación por olvidar, todo había sido eliminado, incluso la sentencia de un derviche cuyo nombre tampoco recordaba. Vio a una mujer (era su hermana) limpiando el polvo de la sala, pero no pudo reconocerla. Recordó que no había

borrado la última tarde de domingo y volvió a la plaza de mercado en busca de su cuerpo, pero no lo halló entre la sorda multitud, o no logró reconocer sus rasgos. No sintió nostalgia ni tristeza. De regreso vio a un hombre pálido y reseco, vestido de túnica azafrán, que recibía mendrugos de la gente. Cierta afinidad le hizo sentir compasión. Quiso caminar hasta el patio de su casa, pero ya estaba en el patio de su casa. Intuyó que su labor había terminado por completo y creyó que ahora era como un dios. Evocó la quebrada de aguas rojas y por primera vez oyó su murmullo acompasado. Agradecido, puso líquenes, hojas secas y chamizos en su lecho. Quiso un atardecer y el sol destelló en la quebrada como una colosal moneda de cobre. Comprendió que no era un hombre ni un dios, sino una sencilla voluntad de evocación y olvido. Aspiró profundo y se fue en el espíritu del agua.

Fin

ARE

hojas Universitarias.....